

Har y Heva observaron su partida hasta que se perdió en el bosque, y luego regresaron y fueron a llorar en brazos de Mnetha; mas [pronto se olvidaron de sus lágrimas.

#### IV

Por cansadas colinas el ciego prosiguió su marcha solitaria. Desolados y oscuros le eran por igual día y noche. Mas no hubo llegado lejos cuando Ijim descendió de su arboleda y se encaró con él a la entrada del bosque en un sendero oscuro [y solitario.

«¿Quién eres tú, alimaña, que así obstruyes la senda del león? Ijim destrozará tu débil cuerpo, oh tú que tientas al oscuro Ijim. Tienes la forma de Tiriél, pero yo bien te reconozco. ¡Fuera de mi camino, bestia inmundada! ¿No es éste, acaso, el último de tus ardidés? ¿Ser un falsario, y tomar el aspecto de un anciano mendigo?»

Oyó el ciego la voz del que fuera su hermano y se postró de hinojos:

«Oh Ijim, hermano mío, si es tu voz la que conmigo habla, no hagas daño a tu hermano Tiriél, a quien la vida tanto pesa. Ya mis hijos me han castigado y, si tú me castigas, la maldición que rueda hacia su pecho ha de cumplirse en ti. Siete años son ya desde que en mi palacio contemplara tu rostro».

«¡Ven, oscura alimaña, pues no temo tu astucia! Ijim no atacará a quien toma el aspecto de la edad indefensa y la ciega prudencia. Ponte en pie, pues distingo quién eres, y no temo tu lengua elocuente. Ven, que juntos haremos el camino, y serás mi bufón.»

«Oh Ijim, hermano mío, tienes ante tus ojos al infeliz Tiriél. Bésame, hermano, y luego déjame errar desconsolado.»

«No, astuta alimaña; yo te conduciré. ¿Adónde quieres ir? No me repliques, o ataré tus miembros con los verdes gladiolos [del arroyo. Ahora que has sido descubierto te usaré como esclavo».

Cuando Tiriél oyó las palabras de Ijim renunció a responder. Sabía que era inútil, pues el Destino hablaba por la voz de su [hermano.

Y caminaron juntos, por colinas y valles arbolados, ciegos a los placeres de la vista, y sordos al gorjeo de las aves. Caminaron de día, y también por la noche bajo la amable Luna, viajando hacia el oeste sin descanso hasta que la fatiga venció a [Tiriél.

«Oh Ijim, estoy cansado y débil, pues mis piernas rehúsan sostenerme. No me apremies, o el viaje será mi fin. Un poco de reposo te suplico, y agua fresca del arroyo, o pronto he de saberme mortal, y así tú perderás a tu hermano Tiriél, al que una vez amaste. ¡Ay, qué débil me siento!»

«Impudente alimaña», dijo Ijim, «¡Refrena tu elocuencia! Tiriél es todo un rey, y tú sólo un demonio que ha venido a tentarme. Bebe de la corriente, que yo te sostendré sobre mis hombros.»

Tiriél así lo hizo, e Ijim lo levantó y lo llevó a horcajadas. Viajaron todo el día, y, al correr la penumbra su solemne telón, Ijim cruzó vociferante las puertas del palacio de Tiriél.

«¡Heuxos, sal fuera! He traído a la fiera que importunaba a Ijim. ¡Mira! ¿No reconoces esta barba canosa, estos ojos sin vida?»

Al escuchar su voz, Heuxos y Lotho salieron de sus escondrijos y vieron a su anciano padre colgado de sus fuertes hombros. Sus lenguas elocuentes enmudecieron, y el sudor recubrió sus [miembros temblorosos. Sabían que era inútil disputar con Ijim; se inclinaron y guardaron silencio.

«¡Llama a tu padre, Heuxos, pues deseo divertirme esta noche! Éste es el embustero que a veces imitaba el rugido del león. Así que le di caza, dejando que su cuerpo se pudriera en el bosque y fuera pasto de los pájaros; pero casi al instante volvió en forma de tigre, así que le di caza una vez más.

Entonces, como un río, trató de ahogarme con sus olas,  
 mas pronto me impuse a la corriente; y luego fue una nube  
 preñada de relámpagos, pero afronté de nuevo su venganza.  
 Entonces se arrastró igual que una serpiente,  
 envolviéndome el cuello mientras dormía; su alma venenosa retorció.  
 Y luego, como sapo o salamandra, vino a hablarme al oído.  
 O quiso interponerse en mi camino como piedra o arbusto pon-  
 [zoñoso.  
 Al fin lo he capturado haciéndose pasar por mi hermano Tiriél,  
 y así lo retendré. ¡Llamad a vuestro padre, llamad a Myratana!»

Como los viera acobardados, Tiriél alzó su voz argétea:

«Serpientes, que no hijos, ¿qué hacéis ahí de pie? Buscad ahora  
 [a Tiriél,  
 buscad a Myratana; dad rienda suelta a vuestra mofa.  
 Pues que Tiriél el ciego ha regresado, y esta cabeza escarnecida  
 aguarda vuestras burlas impiadosas. Salid fuera, hijos del maleficio».

Entretanto, los demás hijos de Tiriél corrieron al encuentro de  
 [su padre.  
 Temerosos de la fuerza de Ijim, sabían que era inútil ofrecer re-  
 [sistencia;  
 inservibles eran escudo y lanza, y la cota de malla.  
 Cuando Ijim extendía su brazo vigoroso las flechas rebotaban  
 en su cuerpo, y la fiera espada se rompía en su carne desnuda.

«¿Es cierto entonces, Heuxos, que has dejado a tu anciano padre  
 a merced del invierno y la ventisca?», dijo Ijim, «¿Es cierto lo  
 [que digo?

No, es mentira, y yo soy como un árbol partido por el viento.  
 ¡Oh tú, ciega alimaña, y vosotros, hipócritas! ¿Y ésta es la casa  
 [de Tiriél?

No, que es tan falsa como Matha, y tan oscura como el vacío Orco.  
 Escapad, alimañas, pues Ijim no ha de alzar el brazo contra vosotros».

Y con estas palabras Ijim se dio la vuelta, entristecido, y se  
 [adentró en silencio  
 en los bosques secretos, y por sombrías sendas erró toda la noche.

## V

Y entonces, puesto en pie, habló Tiriél: «¿Dónde reposa el true-  
[no? ¿En qué lugar  
su terrible cabeza esconde? ¿Y sus ardientes y veloces hijas,  
dónde buscan refugio al fuego de sus alas y el espanto de sus  
[cabellos?

Tierra, golpeo así tu seno. Despierta al terremoto en su cubil,  
que ya su oscuro rostro llameante atraviere la tierra hendida,  
que sus hombros derrumben estas torres. Que sus perros feroces  
emerjan de su centro, vomitando rugidos y llamas y humo negro.  
¿Dónde estás, Pestilencia que en nieblas y ciénagas te bañas?  
Alza tus miembros indolentes, y que el veneno más odioso  
se escurra de tus ropas mientras llegas envuelta en nubes amarillas.  
Ven, toma asiento en este patio; salpícalo de muertos,  
y siéntate y sonríe altiva a los hijos del maleficio.  
Tormenta y fuego y pestilencia ¿no oís el maleficio de Tiriél?»

Dejó de hablar; entonces las nubes se agolparon sobre las altas  
[torres  
descargando sus magnas voces. Al dictado del padre  
tembló la tierra, las grietas bostezantes vomitaron sus llamas,  
y con el terremoto una gran niebla se apoderó del clima maldecido.  
Grandes eran los gritos en el palacio de Tiriél. Sus cinco hijas  
cayeron a sus pies, gritando y sollozando con amargos lamentos.

«Ahora lloráis, malditos; pero quieran los hados que nadie pue-  
[da oíros,  
que el mundo sea ciego, como Tiriél, a vuestro sufrimiento!  
¡Que las estrellas nunca brillen sobre vosotros, que ni el sol ni  
[la luna  
os visiten, y nieblas sempiternas envuelvan vuestros muros!  
Tú, Hela, mi pequeña, te ordeno me conduzcas lejos de este lugar.  
¡Y que la maldición fulmine a los demás y les dé muerte!»

Calló de nuevo, y Hela le condujo lejos de las murallas apestadas.  
Huyeron sin demora, mientras los hijos y las hijas de Tiriél,  
encadenados a la oscuridad, torturaban la noche con sus gritos  
[de duelo.

Y ocurrió así que el alba sorprendió a cien cadáveres en atroces  
 [posturas,  
 y cuatro de sus hijas yacían en silencio sobre el suelo de mármol,  
 abatidas por la ponzoña. Los demás se miraban con temor, co-  
 [midos por la culpa.

Los niños en sus lechos cayeron abatidos en una sola noche.  
 De los hijos del rey, sólo treinta quedaron en palacio. Allí lan-  
 guidecieron,  
 odiados, devastados, taciturnos, esperando la muerte negra.

## VI

Y Hela condujo a su padre por el silencio de la noche,  
 pasmada, silenciosa, hasta que al fin brotaron los rayos de la aurora.

«Ahora, Hela, ya puedo vivir gustosamente con Har y Heva,  
 pues que mi maleficio ha de limpiar el mundo de esos hijos cul-  
 [pables.

Vamos por buen camino; lo sé por el sonido  
 de nuestros pasos. Recuerda, Hela, que te he salvado de la muerte.  
 Mi maleficio no te toca, así que obedece a tu padre.  
 Cinco años viví con Myratana en esta roca devastada,  
 y todo el tiempo deseábamos que lloviera fuego del cielo,  
 o que las aguas torrenciales acabaran con vuestras vidas.  
 Pero ahora mi esposa ha muerto y el tiempo de la gracia ya pasó.  
 Ya conoces mi maleficio. Ahora llévame adonde te he ordenado».

«¡Oh tú, espíritu maligno, pecador maldecido!  
 Cierto, nací tu esclava. ¿Quién te pidió salvarme de la muerte?  
 Por ti lo hiciste, oh cruel, pues necesitas de mis ojos.»

«Cierto, Hela: tal es el yermo de los hombres crueles.  
 ¿Soy cruel? ¡Mira! Mi hija, la más joven de mis hijas,  
 se ríe del afecto, ama la rebeldía, se burla del amor.  
 Llevo dos días sin comer. Condúceme a la tienda de Har y Heva,  
 o habré de sepultarte en una maldición tan espantosa  
 que sentirás gusanos arrastrarse por la médula de tus huesos.  
 Serás mi acompañante. Llévame, te lo ordeno, hasta Har y  
 [Heva».

«¡Oh cruel! ¡Oh destructor! ¡Oh vengador!  
 A Har y Heva te conduciré, pues. ¡Ojalá te maldigan!  
 Así harían contigo lo que has hecho con otros. Aunque ellos no  
 [son como tú,  
 que son benditos y clementes, y están llenos de amorosa pie-  
 [dad,  
 y han olvidado las ofensas de sus vástagos más rebeldes.  
 Por eso estás con vida y puedes maldecir a tus hijos inermes.»

Mira mis ojos, Hela, mira bien, pues tienes ojos para ver.  
 El llanto mana de mis cuencas de piedra; ¿por qué lloro?  
 ¿Por qué mis ciegas órbitas no disparan malignos agujones?  
 Ríe, serpiente, venenoso reptil surgido de mi carne,  
 ¡Ríe!, hija del maleficio, que tu padre Tiriél sabrá darte motivos  
 si no me llevas ahora a la tienda de Har.»

«Refrena tu malvada lengua, oh asesino de niños inocentes.  
 Te llevaré a la tienda de Har: no me inquieta tu maleficio,  
 sólo deseo que ellos te maldigan, y cuelguen de tus huesos  
 temblores de agonía, y en cada arruga de tu rostro  
 deslicen los gusanos de tu muerte, infestando la fuente de tan-  
 [tos maleficios.»

«¡Hela, hija mía, escucha! Eres la hija de Tiriél.  
 Tu padre te convoca. Tu padre apunta al cielo con su mano,  
 pues te has reído de mi llanto, y maldecido mi vejez.  
 ¡Que las serpientes pueblen tus cabellos, que su risa resuene en-  
 [tre tus bucles!»

Entonces el oscuro cabello de su hija se puso en punta y las ser-  
 [pientes  
 envolvieron su rostro enloquecido. El alma de Tiriél se estre-  
 [meció.

«Hela, hija mía, ¿qué he hecho? ¿Temes ahora el maleficio?  
 Oh Hela, ¿por qué lloras? ¡En mala hora maldijiste a tu anciano  
 [padre!  
 Condúceme hasta Har y Heva, y el maleficio de Tiriél  
 cesará. ¡Mas si te niegas, aúlla en las montañas desoladas!»